
John Bremer & Michael von Moschizker, *The School without Walls: Philadelphia's Parkway Program*. Holt, Rinehart & Winston, Inc, 1971, XI + 295 pp.

The School without Walls pretende ser no sólo una tesis, sino una demostración práctica de los cambios que puede experimentar un sistema educativo cuando se modifica sustancialmente la organización social que lo sustenta. "No puede haber cambios importantes en un sistema educativo —afirma John Bremer— si no se cambia totalmente la organización social de la educación. Al cambiarse la organización social de todo el sistema educativo, cambiará la organización social de las escuelas, y podrán volverse humanos, y por consiguiente educativos, los roles y las relaciones que aprenden estudiantes y maestros" (p. 7).

El núcleo, pues, de la innovación educativa llamada *Philadelphia's Parkway Program* es un modelo de organización

escolar basada en una estructuración sumamente flexible del proceso educativo, una interrelación constante de la institución educativa con las demás instituciones sociales de la ciudad, una redistribución de los roles y funciones que normalmente se adjudican al cuerpo administrativo de la escuela, y una participación de todos los miembros de la comunidad escolar en la organización y administración del *currículum* (contenido, normas y relaciones sociales).

El Parkway Program empezó a funcionar, en la ciudad de Filadelfia, en el mes de febrero de 1969. Al principio abrió sus puertas a cualquier estudiante de la ciudad que hubiese terminado el 9o. grado (o sea, la educación básica obligatoria dentro del sistema educativo de Estados Unidos). Para ingresar al programa no se requerían cartas de recomendación, certificado médico, exámenes de admisión o tests de aspiraciones escolares. El único requisito era el deseo sincero de querer aprender. Más tarde, sin embargo,

fue tanta la demanda de inscripciones que John Bremer tuvo que recurrir al sorteo, con el objeto de que todos los aspirantes tuviesen las mismas oportunidades de acceso. En esta forma se eliminaba —según Bremer— el riesgo de caer en las reglas de juego del viejo sistema escolar: selección por méritos, prestigio adquirido, influencia o poder.

Desde que empezó el programa, éste ha funcionado bajo el principio de la identidad de intereses, base de los “grupos tutoriales”. El contenido del currículum no es un catálogo de materias prescritas por alguien constituido en autoridad, sino la ciudad de Filadelfia, con su complejo industrial, sus procesos socio-políticos y la gente con la que se comparte la vida. El Parkway Program no tiene aulas propiamente dichas, porque la enseñanza se realiza allí donde el grupo tutorial encuentra una oportunidad para aprender: el *City Music Hall*, el *Philadelphia's Art Museum*, las oficinas de una firma de abogados, el hospital, el laboratorio de una industria, etcétera.

Las características del currículum del Parkway Program, nos dice Bremer, son la libertad absoluta para enseñar y aprender, la cooperación voluntaria para organizar el aprendizaje, la autodisciplina, la constante creatividad, y un catálogo de materias (convencionales o no) que pueden ser enseñadas por personas e instituciones de la más diversa índole: maestros titulados, pasantes universitarios, estudiantes de *college*, voluntarios de instituciones para el servicio social, padres de familia, y empleados de la ciudad.

Para John Bremer el currículum fundamental no puede consistir en el programa de estudios, sino en la organización social y administrativa de la institución educativa y, sobre todo, en el papel que desempeña el estudiante dentro de ella. El modelo educativo tradicional enfatiza la subordinación a un sistema rígido de asignaturas y requisitos que niega al estudiante la capacidad de elegir y el derecho a la libertad de aprender; se apoya en la disciplina externa y en el control absoluto del proceso educativo; impone tareas asignadas que exigen respuestas previstas

de tipo racional y mecánico, y retribuye al alumno-aprendiz-subordinado con la calificación y el certificado por haber sabido adaptarse a las normas de la institución y del sistema social externo. En el Parkway Program, por el contrario, los estudiantes ingresan a un programa libremente elegido, no a una escuela; a un proceso, no a un lugar; a una actividad comunitaria, no a un compartimento de conocimientos almacenados. El sistema de evaluación es de tipo formativo, es decir, a lo largo del semestre cada grupo tutorial se auto-evalúa de acuerdo con las actividades desarrolladas durante el curso, los objetivos, las metas concretas, las lecturas, los trabajos escritos, la participación en los grupos de discusión, la habilidad para expresar las propias ideas, el liderazgo y el estudio independiente de cada uno. El alumno no recibe una boleta de calificaciones sino una evaluación descriptiva de su adelanto académico, social y emocional. No se le promueve a un grado superior, sino que él mismo juzga, de acuerdo con su tutor, si está preparado o no para pedir su admisión al *college*. Hasta ahora, todos los egresados del Parkway Program que han intentado ingresar a algún *college*, han sido admitidos fácilmente.

La idea del Parkway Program —dice su director— es sólo una inspiración; de ninguna manera un modelo para cambiar cualquier sistema educativo. Lo importante, en todo caso, no es si los estudiantes aprenden más civismo, historia o matemáticas que en otras escuelas. Lo verdaderamente significativo es que, habiendo eliminado muchas de las condiciones y requisitos de la organización tradicional, ha sido posible crear un ambiente educativo donde blancos y negros (52% y 48%, respectivamente), maestros y alumnos (30 y 476), viejos y jóvenes, pobres y ricos, católicos y protestantes, han empezado a aprender unos de otros. Los testimonios de alumnos, padres de familia y maestros que aduce Bremer concuerdan en una cosa: que en el Parkway Program se pueden establecer relaciones humanas de libertad e igualdad y puede encontrarse el

sentido, la finalidad y la alegría en el acto de aprender.

Finalmente Bremer hace notar que el costo anual por estudiante no ha disminuido, e incluso resulta ligeramente más alto que el promedio de las escuelas públicas de Filadelfia. No obstante, el autor aduce que si se incluyera el *overhead* que cada escuela paga por estudiante al año, el costo por alumno en el Parkway podría ser diez veces menos que el del resto de las escuelas de Filadelfia. Esto, sin embargo, no nos parece acertado, pues se tendrían que agregar a los costos del programa todas las partidas —y/o los costos de oportunidad— relacionadas con la transportación de los estudiantes entre los distintos lugares en que adquieren sus conocimientos y con el tiempo que tienen que cederles los individuos que los atienden en las unidades productivas.

Ésta es, en resumen, la descripción y la evaluación que hacen Bremer y sus colaboradores del Parkway Program de Filadelfia. Lo que nosotros podemos decir al respecto es que la experiencia de Filadelfia, como teoría y como alternativa escolar práctica, está lejos de ser una verdadera inspiración para las reformas educativas que necesitan con urgencia los países latinoamericanos. En efecto, la tesis de Bremer es que, modificando sustancialmente el modelo de organización social de una institución escolar, se pueden lograr cambios en las relaciones humanas y educativas de una comunidad escolar. No dudamos que esto sea posible dentro del ámbito estrictamente escolar. Pero si estas buenas relaciones de convivencia y participación social igualitaria no logran traspasar los límites estrechos del grupo tutorial, no se ve cómo puedan ser relevantes para empezar un cambio de relaciones en otros niveles, que modifiquen realmente los condicionamientos estructurales de injusticia y explotación de unos grupos por otros.

No conviene olvidar, por otra parte, que una modificación de las instituciones escolares que tienda simplemente a alterar las edades de población que pueden beneficiarse de la instrucción

formal, a flexibilizar la acreditación de cursos y a redistribuir el poder administrativo entre estudiantes y profesores, no conseguirá democratizar la educación mientras las instituciones sociales que controlan las escuelas sigan siendo burocráticas, autoritarias, restrictivas y estratificantes.

No deja de llamar la atención que, entre las muchas dificultades que tuvo que superar Bremer para iniciar su experimento, una de las mayores fue la resistencia y la falta de cooperación de las autoridades educativas locales y de los maestros de las escuelas públicas. Esto significa, por una parte, que los sistemas educativos como tales no tienen energías propias para revitalizarse, sino todo lo contrario: una larga cadena de enfermedades burocráticas que los atan a la silla de ruedas de los grupos que controlan el sistema establecido. Y por otra, que toda modificación estructural de la sociedad que se intente a partir de una reestructuración de las instituciones escolares, no será factible mientras las pautas de control y la naturaleza del poder político constituido permanezcan inmutables. Hasta ahora todavía no conocemos ningún modelo de organización social escolar que, habiendo eliminado el autoritarismo, la asignación de roles y funciones por prestigio o poder económico y la restricción institucional para acceder a las fuentes de aprendizaje, haya sido capaz al mismo tiempo de eliminar también estos vicios en la distribución de oportunidades sociales.

En conclusión, el Parkway Program no parece ser una alternativa escolar que prometa inducir cambios sustanciales en el sistema valoral y normativo que postulan quienes controlan el proceso educativo y lo utilizan para su propio beneficio, sino todo lo contrario: se trata de una modificación que puede ser fácilmente absorbida o nulificada por esos mismos grupos.

No obstante todo lo dicho hasta aquí, y sin que esto implique necesariamente una aceptación ciega de todo lo que afirma Bremer haber obtenido durante su experimento de dos años con

500 estudiantes de Filadelfia, es justo reconocerle al Parkway y a Bremer sus propios méritos. En concreto, el tipo de organización escolar y de *curriculum* que nos parece más aceptable que otras muchas innovaciones pedagógicas propuestas recientemente y cuyos

objetivos no han sido siquiera mejorar las relaciones humanas y educativas inter-escolares, sino a lo más la búsqueda de talento y el auge de la meritocracia.

José Teódulo Guzmán,
Centro de Estudios Educativos, A. C.
